

Históricas Digital

José Rubén Romero Glaván

“Economía”

p. 87-104

Introducción a la cultura náhuatl prehispánica

México

Universidad Nacional Autónoma de México

Instituto de Investigaciones Históricas

2023

192 p.

Mapas, figuras, cuadros

(Históricas Comunicación Pública 5, Serie Introducciones)

ISBN 978-607-30-7262-5

Formato: PDF

Publicado en línea: 21 de marzo de 2025

Disponible en:

<http://www.historicas.unam.mx/publicaciones/publicadigital/libros/804/introduccion-nahuatl.html>



INSTITUTO
DE INVESTIGACIONES
HISTÓRICAS

D. R. © 2025, Universidad Nacional Autónoma de México-Instituto de Investigaciones Históricas. Se autoriza la reproducción sin fines lucrativos, siempre y cuando no se mutile o altere; se debe citar la fuente completa y su dirección electrónica. De otra forma, se requiere permiso previo por escrito de la institución. Dirección: Circuito Mtro. Mario de la Cueva s/n, Ciudad Universitaria, Coyoacán, 04510. Ciudad de México

SEGUNDA PARTE

LAS INSTITUCIONES NAHUAS

IV

ECONOMÍA

Para tratar de las economías tradicionales, entre las que bien podemos contar a la economía náhuatl, puede tomarse como punto de partida una frase que a primera vista podría parecer simple y que, sin embargo, viene a resultar operativa: *el ser humano transforma a la naturaleza para su propio beneficio*. Esta frase encierra la alusión a tres elementos, sin los cuales es imposible adentrarse en los fenómenos de la producción. En primer lugar, implica al ser humano (y a su fuerza de trabajo), que ejerce una acción transformadora; también incluye a la naturaleza como el objeto sobre el que recae tal acción, y, finalmente, implica a los objetos a través de los cuales el acto de transformar es llevado a cabo, facilitándolo, y cuya ausencia haría imposible la obtención de los beneficios que busca el ser humano al enfrentar, con ánimo transformador, al medio natural que lo rodea. Consideraremos, en suma, al potencial humano, los recursos naturales y los recursos tecnológicos.

Tratar del potencial humano durante el pasado indígena de México obliga a hacerse cargo de un problema que durante décadas ha sido tema de arduas discusiones entre los especialistas. Se trata de la población, en términos numéricos, que habitaba estas tierras a la llegada de los españoles. El problema no es menor, pues conocer de cuántos efectivos disponían las sociedades para realizar



las tareas productivas permite aquilatar de mejor manera la efectividad de los procesos de producción. Por otro lado, tal conocimiento se antoja prácticamente imposible si se considera que en la mentalidad de entonces los censos eran recursos más que inusuales. De hecho, los primeros censos formales que hubo en la Nueva España provienen del siglo XVIII, época en la que la realidad prehispánica del mundo náhuatl estaba ya alejada.

A fin de darnos una idea de las dimensiones del problema nos acercaremos a algunos elementos que nos permitirán acceder a alguna consideración al respecto. Uno de los primeros testimonios en los que los especialistas dedicados a la demografía histórica han apoyado sus afirmaciones proviene de la “Segunda carta de relación” de Cortés. En ella, el conquistador da algunos pormenores de las batallas que sostuvo contra los tlaxcaltecas. Afirma, por ejemplo, que su ejército se vio envuelto en un enfrentamiento contra “más de cien mil hombres de pelea que por todas partes nos tenían cercados [...]”, y más adelante dice que al otro día “dan sobre nuestro real más de ciento y cuarenta y nueve mil hombres que cubrían toda la tierra”. Por su lado, Bernal Díaz del Castillo, aunque no da una cifra precisa, sí deja en claro que la capital mexicana era habitada por un gran número de personas. Narra que cuando desde lo alto del templo admiraron el mercado de Tlatelolco, había en él tal cantidad de gente que “le rumor y el zumbido de las voces y palabras que allí había sonaba más que de una legua”. Otros testimonios considerados provienen de las obras escritas por misioneros. Es el caso de lo asentado por fray Toribio de Benavente, “Motolinía”, quien afirmaba



que, entre 1524 y 1536, los franciscanos habían bautizado cinco millones de indígenas. Fray Diego Durán, por su lado, cuando narra algunos detalles de la entronización de Moctezuma, afirma que “había días de dos mil, tres mil hombres sacrificados, y días de ocho mil y otros de cinco mil [...]”. Sin negar el valor que como testimonio tienen estas cifras, es necesario dejar en claro que a todas luces son exageradas. Tomemos como ejemplo la primera, la que nos proporciona Cortés. ¿Sería posible que el conquistador, en plena batalla, haya podido apreciar el número de indígenas que atacaban a su ejército? ¿Sería posible, teniendo en cuenta esas circunstancias, que la cuenta hubiera llegado a cien mil o más, hasta la cifra de “ciento y cuarenta y nueve mil”? A todas luces se trata sólo de una apreciación que buscaba significar que el número de los indígenas atacantes era muy importante. Lo mismo podría decirse de los otros testimonios.

En el siglo XVI, Felipe II, pretendiendo conocer mejor su imperio, envió a todos lados un cuestionario que debía ser respondido por la autoridad responsable en cada localidad o, en caso de que no la hubiera, por el fraile encargado de adoctrinar a los naturales. Las respuestas a estos cuestionarios son los documentos que conocemos como *Relaciones geográficas*. Algunas de las preguntas concernían precisamente al número de pobladores del lugar. En todos los casos, las respuestas a tales cuestionamientos apuntaban a que antes de la conquista el número de pobladores había sido mucho mayor.

Si de densidad de población se trata, bien se puede recurrir a documentos de orden legal, resguardados en el Archivo General de la Nación, en los que se registró la



concesión de encomiendas. De ellos se pueden desprender algunas consideraciones que coloquen al interesado ante información más cercana a la realidad.

El problema subsiste. Aquí hemos evitado avanzar alguna cifra concerniente a los habitantes del área náhuatl. Cabe aceptar, sin embargo, la necesidad de dar alguna respuesta a ellos. ¿Cuántos habitantes había en el área cultural que nos interesa? La respuesta que daremos puede sonar obvia, pero no por ello menos acertada. Más allá de cálculos numéricos, aun reconociendo su importancia, diríamos que había tantos individuos como los que precisaba el cultivo de los campos para producir en ellos los bienes de consumo necesarios para alimentar a la población toda y sostener, a través de tributos, al grupo dominante. Otro tanto podría decirse respecto de los efectivos que proporcionaban su fuerza de trabajo en la construcción de obras monumentales como las estructuras piramidales que sostenían los templos o, en el caso concreto de Mexico-Tenochtitlan, la realización de las obras de construcción de las calzadas que unían a la ciudad con las riberas del lago.

El trabajo de los macehuales en el campo dio lugar al establecimiento de fuertes vínculos entre los miembros de cada comunidad y entre éstos y quienes constituían el grupo dominante. Los procesos económicos de producción llegaron a ser elementos de primer orden de cohesión social que deben ser tenidos siempre en cuenta y que abordaremos cuando se trate de la sociedad náhuatl.

Difícilmente podría pensarse en el elemento humano vinculado con la producción si no se considera la manera como la sociedad se dividió a fin de acometer las



tareas de la producción. A esto se le ha llamado división social del trabajo. Es indudable que este orden fue de primera importancia en la sociedad de la época, y su explicación es absolutamente necesaria para comprender cabalmente la economía de los antiguos nahuas. Lo que aquí se propone se verá complementado cuando se trate a la sociedad y el orden que ella nos ofrece.

La primera y más simple división del trabajo se rigió por parámetros que podríamos calificar como naturales: la edad y el sexo. En el *Códice Mendoza* pueden observarse pictogramas que ilustran bien esta forma de organizar el trabajo. Allí se muestra cómo, desde el nacimiento mismo, se marcaba una diferencia entre los dos sexos. Ello se corresponde con la información que se desprende de algunos *huehuetlahtolli* que fray Bernardino de Sahagún consignó en el libro sexto de su *Historia general de las cosas de Nueva España*. En la sección que se ha nombrado etnográfica, el *Códice Mendoza*, después de ilustrar el nacimiento del pequeño, incluye una secuencia de pictografías en las que se observa como la niña y el niño son introducidos paulatinamente, por el padre o la madre, según el caso, en el ámbito de la producción (véase figura 11). Las tareas asignadas guardan estrechas relaciones con sus capacidades, de acuerdo con la edad alcanzada. A tales tareas corresponden las raciones de comida con que se les alimentaba. La niña aparece primero, observando las labores domésticas que realiza su madre, para después llevarlas a cabo ella sola. Las tareas que allí se ilustran son principalmente el hilado y el tejido en telar de cintura. Todas ellas son realizadas en el interior del hogar. El niño, por su lado, acompaña a su



Figura 11. Lámina 60 del Códice Mendoza.
D. R. © Instituto Nacional de Antropología e Historia.



padre, quien le enseña a realizar diferentes trabajos: llevar cargas, intercambiar productos, pescar en el lago. Todas estas tareas las lleva a cabo fuera de casa. Queda claro que los universos en los que se desarrollaba la cotidianidad eran diferentes para uno y otro género. El ámbito de la mujer era el interior de la casa, mientras que el que corresponde al varón era siempre el mundo exterior, en el que se realizaban las labores de labranza y donde se encontraban los campos de batalla, pues la agricultura y la guerra eran las actividades masculinas en la sociedad. Respecto del trabajo agrícola, fray Bernardino de Sahagún consignó información interesante en el *Códice Florentino*:

El buen labrador, el que hace la milpa, es esforzado, desvelado, muy diligente. Es comprometido, cuidadoso, atento, muy atento, duerme despierto. Es apesadumbrado, es afligido. No duerme, no come, piensa; se provoca el desvelo, quebranta su corazón, está afligido.

Trabaja, labra la tierra, desyerba, ara, desbroza, limpia a su tiempo la tierra, la prepara, la empareja; forma los camellones, los forma con empeño; hace los linderos, los hace con esmero; desyerba en verano, hace las cosas propias del tiempo, desempedra; agujera los camellones, hace los hoyos; siembra, dispone los montones, riega, rocía, esparce la simiente [...].

Otro aspecto de la división del trabajo está en relación directa con las distintas actividades que la gente realizaba. Sin pretender ser exhaustivos, apuntaremos



las principales ocupaciones de las que se hacían cargo los individuos en la sociedad náhuatl. La inmensa mayoría de los macehuales se dedicaban a las tareas agrícolas, mismas que constituyen la primera y más importante actividad que debe ser considerada en esta división social del trabajo. Los macehuales podían ser *calpuleque*, aquellos que pertenecían a algún *calpulli*; algunos otros fueron llamados en español renteros, hombres que no pertenecían a ningún *calpulli* y que ofrecían su fuerza de trabajo en tierras adjudicadas a otros a cambio de una parte del producto de las mismas; finalmente, estaban los llamados *mayeque*, literalmente “los que poseen manos”; éstos tampoco pertenecían a ningún *calpulli* y estaban vinculados con las tierras que trabajaban, y si estas cambiaban de poseedor, ellos permanecían en las mismas parcelas. El trabajo femenino era importantísimo. Las mujeres eran las encargadas de transformar lo que producía la tierra en alimentos o vestido, constituyendo así el último y definitivo eslabón de la cadena de la producción. Sin el trabajo femenino no habría podido concluir el proceso que daba sentido a las labores del hombre en la tierra.

Los llamados artesanos, alejados de las labores agrícolas se ocupaban de la fabricación de objetos suntuarios destinados a ser usados por los miembros del grupo dominante. Entre dichos artesanos había quienes dedicaban sus esfuerzos a la producción de objetos de plumas finas, al tallado de piedras preciosas, a la fabricación de objetos de cerámica cuya belleza mostraba que sus fabricantes dedicaban a esas actividades tiempo completo. El grupo de los artesanos estaba vinculado con los llamados *pochtecah*, nombre que designa a quienes



traficaban a largas distancias con objetos suntuarios y materias primas preciosas. Estas últimas eran materia prima de los artesanos, pues con ellas producían los objetos suntuarios que se han mencionado.

En otro nivel de la división social del trabajo se encuentran los miembros del grupo dominante conformado por nobles y sacerdotes, sobre todo los de rango elevado. Los gobernantes tenían a su cargo administrar la producción, actividad que llevaban a cabo a partir de la adjudicación de parcelas de tierra cultivable entre los distintos sectores de la sociedad que tenían derecho a ello. Sobre los nobles también pesaban las responsabilidades del gobierno, de impartición de justicia y las que correspondían a los altos mandos en el ejército. Los sacerdotes se encargaban de mantener de manera adecuada las relaciones entre la comunidad y sus deidades a fin de que éstas concedieran los dones necesarios para que la tierra produjera lo necesario para la manutención de la comunidad toda.

Es un hecho que el trabajo agrícola significó para el ser humano el establecimiento de muy profundos vínculos con el medio ambiente, y con la tierra en particular, a fin de que esta rindiera los frutos esperados. Los vínculos que el hombre establecía con la naturaleza se fundaban en una sostenida y cotidiana experimentación. Era necesario, en primer lugar, conocer los distintos tipos de tierra de que se disponía tanto como sus posibilidades para la producción. Por otro lado, el conocimiento del régimen de lluvias permitía sembrar en el tiempo adecuado a fin de recoger buenas cosechas. En otro nivel puede ser considerada la clasificación de los tipos de



tierra que los agricultores lograron poner a punto y que les permitía realizar sus labores de manera óptima. La relación tan estrecha con la tierra llevó a los nahuas a incluirla entre las deidades femeninas de su panteón atribuyéndoles virtudes relacionadas con la fecundidad.

Fray Bernardino de Sahagún consignó en el libro once de su obra los distintos tipos de tierra, según las posibilidades que ofrecía para su cultivo. Entre ellos, menciona la llamada *aoctli*, “que quiere decir ‘tierra que el agua ha traído’”. Se trata de tierra fértil, “blanda, soelta, hueca, suave”, buena para la siembra. Otro tipo de tierra que era propia para la siembra del maíz era llamada *cuauhtlalli*. Este término significa “tierra que está estercolada con maderos podridos”. Estos dos tipos de tierra y los otros, que suman veintiuno, de los que da cuenta el franciscano, son buena prueba de la manera como el agricultor prehispánico concebía las calidades de la tierra.

En el caso concreto del México antiguo, y en especial del área náhuatl, la tierra, como elemento esencial de la producción, debe analizarse vinculándola con el régimen de posesión imperante. Hay acuerdo en que no existía la propiedad privada. La tierra pertenecía a la comunidad toda y el gobernante tenía la potestad de conceder en usufructo las parcelas a los *calpulli* para que sus miembros las cultivaran. La obligación de trabajarlas era ineludible. Estaba dispuesto que si en un lapso señalado alguno de los miembros del *calpulli* no trabajaba los terrenos que se le habían concedido, éstos regresaban a manos de los gobernantes. Ello muestra el cuidado que se tenía para que no hubiera tierras ociosas y para que la producción fuera siempre continua.



Teniendo en cuenta que la importancia de la tierra recaía en el trabajo que en ella se desarrollaba, existió una suerte de clasificación en la que los poseedores eran tenidos como elemento primordial. Víctor Castillo ha establecido, con base en fuentes originales, la siguiente relación de tierras, en verdad acuciosa, que ilustra muy bien el régimen de posesión de las mismas entre los nahuas. Los terrenos asignados al *calpulli* recibían el nombre de *calpullalli*, de *calpulli* y *tlalli*, “tierra”. Éstas eran poseídas y trabajadas comunalmente por los miembros de los *calpulli*. Las *altepetlalli* o *altepemilli* —de *altepetl*, “ciudad”, y *tlalli*, “tierra”, o *milli*, “sembradío”— eran, en general, las tierras de labor que poseía la ciudad. De ellas existían varias modalidades. Existían las *teopantlalli*, literalmente “las tierras del templo”. Con ellas se sufragaban los gastos de manutención del clero, así como los gastos de conservación del templo. Deben contarse además las *tlatocatlalli* o *tlatocamilli*, términos que significan, literalmente, “tierras o sementeras del señorío”. También recibían en nombre de *itonal intlacatl*, expresión que significa tierras “del destino del señor”. Estos terrenos eran rentados, y con sus productos se sufragaban los gastos del palacio y pasaban con el cargo al sucesor del señorío. Existían también las tierras llamadas *tecpantlalli*, “las tierras del *tecpan*”, del palacio. Con sus productos se sostenían quienes servían en el palacio. Tales funcionarios las poseían de manera individual y pasaban a quienes les sucedían en los cargos. Por su lado, los *tecuhtlatoque*, como se llamaba a los jueces, se sostenían con el producto de las rentas de las tierras que les eran asignadas. Había también tierras cuyos productos



servían para el sostén de los soldados durante las guerras. Se trataba de las llamadas *milchimalli* y *cacalomilli*. Se tiene registro de otro tipo de tierras, las *yaotlalli*, o tierra ganada al enemigo. Estas debieron tener un carácter temporal y habrían pasado a ser parte de alguna de las categorías que se han reseñado. Hubo también tierras adjudicadas a los nobles o *pilpiltin*, plural de *pilli*, noble. Se trataba de las *pillalli*, “tierra del *pilli*”. Las *tecpillalli* eran las tierras cuyo usufructo se concedía a los *tecpiltin*, plural de *tecpilli*, noble de palacio o de ilustre cepa. Ambos tipos de tierras podían ser heredadas de padres a hijos, e incluso enajenadas, siempre y cuando tal enajenación no se realizara en beneficio de macehuales. Las labores agrícolas que en ellas se desarrollaban estaban a cargo de los llamados *mayeque*. La tierra, en lo que concierne a economía, interesa en virtud de su naturaleza productiva. Las clasificaciones que arriba aparecen son buena prueba de que los nahuas se apropiaban de la tierra en tanto era capaz de producir bienes de consumo (véase tabla, p. 99).

A fin de hacerla productiva, los nahuas interponían entre ellos y la tierra instrumentos que les permitían trabajarla mejor y rendir buenos frutos. La tecnología indígena no avanzó mucho. Se le puede considerar más bien pobre. Incluso los especialistas la han clasificado como una tecnología bloqueada. Ello significa que se considera que los instrumentos de que disponían para la producción habían llegado al punto de desarrollo máximo que podían alcanzar. Esto se debe muy posiblemente a que el uso de la rueda fue restringido. Se utilizó en algunos juguetes a los que dotaban de pequeñas ruedas;

TIERRAS, POSEEDORES Y USUFRUCTUARIOS

POSEEDORES	NOMBRE	DESTINO	PRODUCTORES
Tlahtoani	Tlatocatlalli Tlatocamilli Itonal-intlacatl Tecpantlalli	Sustento del Tlahtoani Gastos de palacio	Macehualtin Tributarios
Pipiltin	Pillalli Tecipillalli	Sostén de nobles	Mayeque
Jueces	Tierra de jueces	Sostén de jueces y magistrados	Renteros
Sacerdotes	Teopantlalli	Sostén del culto y el templo	Mayeque
Guerra	Milchimalli-cacalomilli	Gastos de campañas militares	Macehualtin Tributarios
Macehualtin	Calpullalli	Sostén de miembros del calpulli	Calpuleque

Fuente: elaboración propia a partir de la información de Víctor M. Castillo, *Estructura económica de la sociedad mexicana*, p. 84 y 86.



se usó también en el trabajo del hilado, a través del malacate; asimismo, el movimiento circular se aprovechó a través de los morillos que se utilizaron para desplazar piedras de peso considerable destinadas a ser usadas en las construcciones monumentales. Puede pensarse que esta utilización restringida de instrumentos con presencia de movimiento circular se debió a la imposibilidad de usar dicho movimiento en transportes tirados por animales para el transporte de personas y productos. Tal actividad habría requerido de caminos adecuados, mismos que no existían dada la carencia de animales de tiro. En efecto, los caminos para el tránsito de vehículos sólo podían ser posibles si se contaba con animales que, con un peso mayor al del hombre, pasaran y repasaran los senderos existentes hasta hacerlos transitables no sólo para esos animales, sino para vehículos tirados por ellos.

El principal instrumento de que disponían los nahuas para el trabajo de las milpas era el bastón plantador, al que nombraban *huictli*. Se trataba de una vara con una escotadura en la parte inferior que la hacía más eficaz para horadar la tierra a fin de disponer en ella algunos granos de maíz, los cuales en seguida eran cubiertos con un poco de tierra que el campesino desplazaba con el pie. Además del *huictli*, se usaba una pequeña azada que servía para desyerbar los terrenos cuando era necesario, así como una pequeña maza para deshacer los terrones que se formaban (véase figura 12).

En otro nivel de la tecnología náhuatl destinada a la producción se encontraban las obras hidráulicas: represas con las que se detenía el flujo de las corrientes de agua a fin de almacenarla y usarla, a través de canales,



Figura 12. El uso del huictli en la agricultura náhuatl.
Códice Florentino, lib. IV, f. 72r.

en la irrigación de las parcelas. También deben contarse las chinampas, obras que hicieron posible una producción agrícola sostenida y que en realidad consistían en construcciones de tierra cultivable en el lecho de los lagos. Estas obras, así como la organización del trabajo, hicieron posible una producción que satisfizo las necesidades del ser humano en el área náhuatl.



Los productos obtenidos de estos afanes eran el maíz, principalmente, así como el frijol y la calabaza —estos tres constituyen la llamada trilogía mesoamericana—. A éstos se sumaba el tomate y el chile. Todos ellos eran parte importante de la dieta de los nahuas.

Por otro lado, se consumían productos de la llamada economía de apropiación, que provenían de la caza, la pesca y la recolección. Otros productos de la economía náhuatl eran aquellos materiales obtenidos en los beneficios de minerales, principalmente oro y plata, pero también obsidiana, mineral de llamado también vidrio volcánico.

Estos productos, para ser distribuidos, entraban en un sistema de circulación que presentaba tres niveles. Uno de ellos era aquel en el que productos agrícolas que no se consumían en el hogar eran llevados al *tianquiztli* para ser intercambiados por otros. Se trataba de la más simple y antigua forma de trueque. De esa manera los macehuales ofrecían lo que sobraba de sus cosechas a cambio de aquello que les faltaba. El *tianquiztli* era una institución ordenada. Se realizaba en un sitio determinado y en un día señalado expreso. Por los testimonios que han llegado hasta ahora se sabe que incluso en algunos de estos *tianquiztli* había autoridades que vigilaban que las transacciones fueran correctas.

Existió otra forma de tráfico cuyas características requerían de una cuidadosa organización entre quienes la practicaban. Era la *pochtecatl*, término que ha sido traducido como “el arte de traficar”. Era el comercio a larga distancia. Su práctica implicaba, en primer lugar, el conocimiento puntual de la geografía mesoamericana,



pues es un hecho que quienes realizaban esta actividad debían transitar por caminos muchas veces sinuosos para llegar a las ciudades donde intercambiaban los objetos que llevaban. También era necesario el conocimiento de las lenguas y las costumbres de aquellos lugares remotos. Todo eso era objeto del aprendizaje cuidadoso de conocimientos que transmitían los más experimentados *pochtecah* a los jóvenes que se adiestraban en el “arte de traficar”. *Pochtecatl*, singular de *pochtecah*, es el gentilicio que vinculaba a esos traficantes con la región de Pochtlan, donde abundan las ceibas o pochotes. Tales conocimientos se basaban en las cuidadosas observaciones realizadas durante los desplazamientos que llevaban a cabo. Los productos con los que traficaban eran bienes suntuarios, tanto materias primas como objetos manufacturados. Las materias primas que llevaban a Mexico-Tenochtitlan servían a los artesanos para la fabricación de objetos destinados al culto a las deidades o bien al consumo de los miembros del grupo dominante.

Otra forma de la distribución de los productos fue el sistema de tributación. A través de éste, el grupo dominante, incluidos los sacerdotes, participaban de los bienes producidos por los macehuales. De esta forma, el sistema tributario proveía de bienes de consumo inmediato al grupo en el poder. Tales productos consistían en maíz, frijol, cacao, etcétera. También se tributaban materias primas con las que los artesanos vinculados a palacio fabricaran objetos suntuarios. La proveniencia de estos tributos era diversa y abarcaba los numerosos territorios sujetos al *tlahtocayotl*. Cada región tributaba lo que producía o bien aquello a lo que tenía acceso por



cercanía. El tributo era pagado en ocasiones cada ochenta días. Otras veces cada seis meses o cada año, según los productos y las condiciones de la provincia tributaria. Cabe señalar que el individuo en tanto tal no era sujeto directo de tributación. Quien debía entregar los bienes correspondientes al tributo era el *calpulli* al que pertenecía. Era esta institución la encargada de reunir los bienes que debían ser entregados al señorío.

A fin de que el orden en la tributación no se quebrantara, había un grupo de funcionarios cuyos miembros se ocupaban ya de la recolección de los tributos, ya de su correcto almacenamiento. Eran los llamados *calpixque*, “los guardianes de la casa”. Unos y otros llevaban exacta cuenta de las cantidades de los diversos productos tributados. Una parte era guardada en ciertas dependencias del *tecpan*, otra se ponía en circulación a través de los oficios de los *pochtecah*.

Esta estructura económica, en la que de distintas maneras participaban los miembros de todas las comunidades, brindaba un recio soporte al orden de una sociedad estructurada sólidamente.